

Semana del 3 al 9 de septiembre de 2017. (DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO)

“La fe y la cruz pascual”

La Palabra de Dios

1ª Lectura: Jer 20,7-9: “La Palabra del Señor se volvió oprobio para mí”

Salmo: 62,2.3-4.5-6.8-9: “Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío”

2ª Lectura: Rom. 12,1-2: “Ofreceos vosotros mismos como sacrificio vivo”

Evangelio: Mt 16,21-27: “El que quiera venir conmigo que se niegue a sí mismo”

1.- Proclamación del Santo Evangelio según San Mateo (Mt 16,21-27):

+++ Gloria a Ti, Señor

A partir de ese día, Jesucristo comenzó a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y que las autoridades judías, los sumos sacerdotes y los maestros de la Ley lo iban a hacer sufrir mucho. Que incluso debía ser muerto y que resucitaría al tercer día.

Pedro lo llevó aparte y se puso a reprenderlo: “¡Dios no lo permita, Señor! Nunca te sucederán tales cosas.” Pero Jesús se volvió y le dijo: “¡Aléjate de mí, Satanás! Tú me harías tropezar. Tus ambiciones no son las de Dios, sino las de los hombres.”

Entonces dijo Jesús a sus discípulos: “El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. Pues el que quiera asegurar su vida la perderá, pero el que sacrifique su vida por causa mía, la hallará.

¿De qué le serviría a uno ganar el mundo entero si se destruye a sí mismo? ¿Qué dará para rescatarse a sí mismo? Sepan que el Hijo del Hombre vendrá con la gloria de su Padre, rodeado de sus ángeles, y entonces recompensará a cada uno según su conducta.”

Palabra del Señor

/ Gloria a ti, Señor Jesús

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

Cumplir la voluntad que Dios tuvo al crearnos, no es fácil, pero en hacerlo, está todo el secreto de nuestra felicidad.

En la primera Lectura, como un preanuncio de Jesucristo, vemos al Profeta Jeremías, que había sido enviado para anunciar la destrucción, y eso le trae una insoportable angustia, la burla y el menosprecio de todos y un profundo sufrimiento espiritual.

Él hubiese querido ser el Profeta del consuelo, de las noticias agradables y más bien su misión era llevar un mensaje de oposición al poder establecido. Se atrevió a reprocharle a Dios, pues su alma sufría por la tensión entre la necesidad de proclamar su Palabra y la enemistad de quienes lo escuchaban. Aunque no podemos comprender muchas cosas, Dios es quien permite situaciones como éstas, porque su sabiduría es mucho más grande que la de los hombres, y emplea los medios necesarios para llamarnos y salvarnos. El servicio hecho por amor, pasa por el dolor.

El pasaje del Evangelio que releemos hoy, viene inmediatamente después del que leímos la semana pasada; es decir: “casi-casi” que apenas Pedro le dice a Jesús que Él es “*el Mesías, el Hijo del Dios vivo*” (y recibe simbólicamente de Él las “*llaves del Reino*”), ahora procura disuadirlo de su misión redentora a través del sufrimiento...

Obviamente, Jesús lo corrige, pero con un regaño terrible, diciéndole algo que, seguramente, ninguno de nosotros quisiera escuchar que se lo dijeran, y mucho menos que nos lo dijera el Señor: le dice “¡Aléjate de mí, Satanás...!”

Suena contradictorio, ¿verdad?: Primero Pedro, inspirado por Dios Padre, le dice a Jesús que Él es el Redentor, y ahora aparentemente está tratando de hacer que se desanime de cumplir con su misión redentora... Por otro lado, Jesús le dijo “*tú eres la piedra sobre la que edificaré mi Iglesia*”, y ahora le dice que es piedra de tropiezo... ¿Cómo explicarnos ese contrasentido?

En realidad no es que el buen Pedro haya deseado que Jesús deje de ser el Mesías, simplemente que, como humano que era, y con el inmenso amor que le tenía al Señor, estaba tratando de hacer lo que estaba a su alcance para evitarle el sufrimiento y la muerte.

Pues resulta que la enseñanza principal de este Evangelio es justamente esa: que la lógica habitual del mundo, el modo de pensar, de sentir y de actuar de los hombres y mujeres, con frecuencia no se parece mucho al querer de Dios...

Por su parte, tampoco Jesús se arrepintió de haberle dicho a Pedro que él será el primero entre sus hermanos, ni está en verdad enfadado con él por lo que acaba de decirle, pero necesita ser enérgico en su lección, pues debe prepararlos a todos, y especialmente a Pedro, para todo lo que vendrá...

Es bueno recordar ahora que al inicio de su misión, cuando el Señor se encontraba ayunando en el desierto, el demonio trató de tentarle precisamente ofreciéndole un mesianismo sin sufrimiento, bien cómodo y a la manera fácil. (Cfr. Mt 4,1-11).

Sólo pensemos esto: si haciéndole caso a satanás, Jesús se arrojaba al vacío desde el alero del Templo, y los ángeles venían a rescatarle, no hubiera necesitado hacer nada más, pues con toda la espectacularidad de semejante acontecimiento, los que lo vieran (que seguramente no serían pocos, pues siempre había mucha gente en el Templo) le habrían proclamado como el Mesías de inmediato, y su fama habría recorrido por todo el mundo antiguo en sólo unos pocos meses...

Definitivamente esa no es la forma de hacer las cosas que tiene Dios, y podríamos escribir mucho al respecto, pero centrémonos ahora en la segunda parte de este Evangelio, que nos conduce más directamente al asunto sobre el cual nos conviene meditar, es decir, las tres condiciones que el Señor nos dice que son necesarias (entendamos que imprescindibles) para poder ser discípulos suyos: “*El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga.*”

“Seguir a alguien” quiere decir, en pocas palabras, ir por detrás, recorriendo el mismo camino que aquel siguió. Aquí no importa tanto a qué distancia se le siga, cuánto tiempo después se pasará por cada uno de los puntos del camino recorrido por el que iba delante, pero sí resulta de vital importancia que no se salten los lugares esenciales por los que ha pasado él. ¿De acuerdo?

Por eso es necesario comprender muy bien la naturaleza de la misión de Jesús, el Misterio de su mesianismo, para poder ser buenos discípulos seguidores suyos. ¡Y eso

es lo que está tratando el Señor de enseñar a sus Apóstoles y a nosotros en este pasaje del Evangelio ahora!: Renuncia a sí mismo, cruz y seguimiento.

1°) Renunciar a sí mismo: Como hemos repetido quizás ya hasta el cansancio en nuestras catequesis, el primer paso para seguir a Cristo, el que más cuesta, donde muchas veces nos estancamos, y sobre el punto al que en algunas circunstancias retrocedemos, es la renuncia o la negación de sí mismos. Por eso nos detendremos más al hablar de esto.

Por allí sucede que nos creemos muy avanzados en este camino, porque sentimos que estamos cargando una cruz pesadísima, y además, si no hacemos gala de ella, al menos solemos hacer muy poco por ocultarla (pues muchas veces creemos que ante los demás ganaremos en “prestigio cristiano” u “olor de santidad” cuando decimos que nos va mal, que estamos “de la patada”, que nos va como en feria, etc.)...

Pero resulta que nos olvidamos de lo primero, y en realidad por ello nos acarreamos problemas que en rigor nada tienen que ver con la cruz que Dios nos tiene reservada, sino que son la simple consecuencia de no estar dispuestos a renunciar a nuestros egoísmos, a nuestra soberbia, a nuestro modo de entender, de querer y de hacer las cosas. Tenemos demasiados apegos...

Negarse a sí mismo quiere decir, en primer lugar, no centrar la vida sobre el propio “yo”: sobre *mis* percepciones, sobre *mis* pensamientos, sobre *mis* deseos y planes, o en el mejor de los casos sobre los proyectos del pequeño grupo que me rodea (llámese la familia, los amigos, la pequeña comunidad, los lambiscones, etcétera), donde naturalmente influyo proyectando *mis* propios ideales, y deseos...

Negarse a sí mismo, como Jesús lo pide, quiere decir poner el centro de nuestra vida en Dios, en su Iglesia y en su proyecto, que es la edificación global del Reino, y tener esto por encima de todas las cosas, de todos los gustos, de todas las preferencias y también de las propias comodidades.

Esto supone a menudo la aceptación de las adversidades, y el tener que soportar, con mansedumbre y paz, las más diversas dificultades, los disgustos y también los dolores, pero de verdad en forma humilde y sin hacer alarde de ello, pues de lo contrario, nos perdemos la posibilidad de asociar realmente nuestra cruz a la Cruz de Cristo. Como sucede con la oración y la limosna, si hago alarde de mi cruz, ya me perdí todos los méritos, pues ya tuve, en las consideraciones de los demás, mi paga.

Si no somos capaces de negarnos a nosotros mismos, seremos definitivamente incapaces de contribuir en la edificación del Reino, y en vez de eso, nuestra labor “apostólica” (entre comillas) consistirá en construir sólo “zonas de confort”, espacios de reconocimiento y aplauso para nosotros mismos; es decir, trampolines y escenarios para seguir saltando, proyectando, alimentando, ensalzando y engordando al “yo” hasta el infinito; eso sí: seguro que con múltiples excusas, argumentos y fundamentaciones, que podrán quizá convencer a la mayoría de los demás, pero a Dios no lo vamos a confundir con eso.

2.- Cargar con su cruz: Sobre este tema podríamos decir algunas cosas, pero ya algo adelantamos en el punto anterior, y algo más añadiremos en el que sigue, y como el

espacio y el tiempo siempre ajustan, resumiremos este asunto en sólo unas pocas ideas, que son vitales.

El primer concepto es que cada quien debe cargar con su propia cruz (esto es: ni debo asfixiar con mi cruz al otro, ni debo estar apropiándome de cruces ajenas o buscándome pesos innecesarios); debo llevar la mía y tratar de hacerlo como lo hizo Jesús: con humildad y amor, sin aspavientos, sin gritos lastimeros para llamar la atención de todos, sin rebeldías y reclamos a Dios, sin presunciones ni falsas modestias y sin orgullos o comparaciones.

Es muy claro el ejemplo que Jesús nos ha dejado sobre cómo debemos actuar en circunstancias de adversidad, y para seguirlo, de veras que sólo nos basta con imitarlo: Él comprometió su adhesión al Padre y a su Reino, y permaneció fiel hasta dar la vida en los más espantosos dolores, físicos y emocionales... y fue precisamente de esa manera como llegó a la Resurrección, a la plenitud de la Vida, que nos tiene prometida a quienes le sigamos.

3.- Seguirle: Se supone que este seguimiento es el que nos ocupa día con día, y por lo tanto, prácticamente ni debiéramos necesitar hablar de ello, ¿verdad? Pero ocurre que al enriquecer nuestro punto de vista sobre la negación de sí mismo y sobre el cargado de la propia cruz, según hemos tratado de hacer con esta reflexión, la idea de este seguimiento adquiere también “nuevas señales”, y conviene echarle una revisión a ese concepto.

Es a través de lo que Jesús les habla hoy a sus apóstoles, que ellos van adquiriendo la plena consciencia de que seguir al Señor significa estar dispuestos a dar la vida en sacrificio, porque Él irá a “sufrir mucho” e incluso a morir, en manos de “las autoridades judías, los sumos sacerdotes y los maestros de la Ley”.

No sería lo mismo si los verdugos fuesen una banda de asaltantes, un ejército de invasores o un grupo de ateos anarquistas... Quizás uno de los mayores pesos en la Cruz de Cristo, haya sido precisamente el que fuera gestionada y promovida a los gritos por los que estaban actuando allí “a nombre de su Padre”, es decir, los sacerdotes y escribas...

¡Y no porque esto fuera mentira! Aunque ellos fueran en el fondo unos impostores, unos falsos e hipócritas, realmente el Padre les había dado la autoridad para poder hacer lo que estaban haciendo, como hemos visto en la catequesis de la semana pasada (al citar el extracto del diálogo entre Jesús y Pilatos).

Seguir a Cristo significa entonces, en primer lugar, aceptar plenamente y con amor la Voluntad de Dios, que se manifiesta en los hechos agradables y desagradables de cada día. En segundo lugar, seguirle es ofrecerse completamente en sacrificio, como lo hizo Él, sin reclamar para uno mismo ni siquiera los derechos que, en justicia, le corresponden.

La mejor guía para entender lo que significa este seguimiento, está en la recomendación que nos hace San Pablo, por medio de la Segunda Lectura de este domingo: *“Los exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a presentarse como hostias vivas, santas, agradables a Dios; sea éste su culto espiritual.*

Y no se adapten a los criterios de este mundo, sino transfórmense por la renovación de la mente, para que sepan discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable, lo perfecto.” (Rom 12,1-2)

Pidámosle pues a nuestro buen Dios que nos ayude, brindándonos los dones que necesitamos para comprender cada día más y mejor la naturaleza de la Misión de Cristo, a fin de que podamos asumir nuestra propia misión en este Apostolado, negándonos siempre un poquito más a nosotros mismos. Que nos dé la sabiduría para reconocer nuestra cruz, y la fuerza para llevarla con humildad y amor; y que nos dé la perseverancia, para seguirle con fidelidad hasta el final de nuestros días.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) ¿Afronto la vida con la lógica de Jesús, que es la Voluntad del Padre, o con la de Pedro, que en este caso representa la lógica del “mundo”?
- b) ¿Cuál es mi actitud con respecto a mi cruz de cada día?
- c) ¿Cuáles son mis cruces diarias y quiénes hacen de “Pedro”, tratando de desanimarme? ¿Ante quiénes hago de “Pedro” yo?
- d) En mi vida concreta de cada día ¿qué significa “perder la vida” por causa de Jesús? ¿La estoy yo “perdiendo” en ese mismo sentido?

4.- Comentarios de los hermanos: *(Luego de un momento de silencio se concederá la palabra a los hermanos para que expresen sus opiniones. Promoveremos la participación de todos.)*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica

2013 “Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (Lumen Gentium 40). Todos son llamados a la santidad: “Sean perfectos como su Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48):

Para alcanzar esta perfección, los creyentes han de emplear sus fuerzas, según la medida del don de Cristo, para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Lo harán siguiendo las huellas de Cristo, haciéndose conformes a su imagen, y siendo obedientes en todo a la voluntad del Padre. De esta manera, la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como lo muestra claramente, en la historia de la Iglesia, la vida de los santos (LG 40).

2014 El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama “mística”, porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos – “los santos misterios”- y, en Él, del misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con Él, aunque las gracias especiales o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos, para manifestar así el don gratuito hecho a todos.

2015 El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (Cfr. 2Tim 4). El progreso espiritual implica la purificación y la mortificación, que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas: El que asciende no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo, mediante comienzos que no tienen fin. Jamás el que asciende deja de desear lo que ya

conoce (San Gregorio de Nisa).

1973 Más allá de sus preceptos, la Ley nueva contiene los consejos evangélicos. La distinción tradicional entre mandamientos de Dios y consejos evangélicos se establece por relación a la caridad, perfección de la vida cristiana. Los preceptos están destinados a apartar lo que es incompatible con la caridad. Los consejos tienen por fin apartar lo que, incluso sin serle contrario, puede constituir un impedimento al desarrollo de la caridad (Cfr. Santo Tomás de Aquino).

1974 Los consejos evangélicos manifiestan la plenitud viva de una caridad que nunca se sacia. Atestiguan su fuerza y estimulan nuestra prontitud espiritual. La perfección de la Ley nueva consiste esencialmente en los preceptos del amor de Dios y del prójimo. Los consejos indican vías más directas, medios más apropiados, y han de practicarse según la vocación de cada uno:

(Dios) no quiere que cada uno observe todos los consejos, sino solamente los que son convenientes, según la diversidad de las personas, los tiempos, las ocasiones, y las fuerzas, como la caridad lo requiera. Porque es ésta la que, como reina de todas las virtudes, de todos los mandamientos, de todos los consejos, y en suma de todas las leyes y de todas las acciones cristianas, da a todos y a todas rango, orden, tiempo y valor (San Francisco de Sales, amor 8,6).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

A.N.A.-137: La humildad es la primera de las virtudes y la más apreciada, porque sin ella, ninguna virtud se alcanza; sin ella, la virtud adquirida se pierde.

La humildad hace al hombre magnánimo y generoso. Con ella no solo se vence lo que es difícil, sino que también se vence a sí mismo.

La virtud de la humildad prepara al alma para grandes empresas, pues el humilde, prescindiendo de sí mismo y confiando en Dios, en Él se apoya y con Él todo lo puede. La humildad afirma al hombre para que no se conmueva con los dichos y los hechos de los demás, ni se abata con las propias miserias y los propios defectos...

El humilde, aunque haya recibido alguna afrenta, no pierde la paz del corazón, porque está en Dios y no en el mundo. Atribuye a Dios la gloria; se contenta con ocupar el último lugar y abraza con amor lo que Yo abrazo.

7.- Virtud de agosto: La Prudencia (Catecismo de la Iglesia Católica: 1806-1835-1906-1805-1787-788)

Esta Semana veremos el canon 1787, que dice lo siguiente:

1787 El hombre se ve a veces enfrentado con situaciones que hacen el juicio moral menos seguro, y la decisión difícil. Pero debe buscar siempre lo que es justo y bueno y discernir la voluntad de Dios expresada en la ley divina.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CM-13: Lean Juan 6,44, Lucas 10,22, Mat 11,25. Con el conocimiento Nuestro, en virtud del amor redentor, todo aparece en su verdadera luz... El ojo del corazón, su conciencia profunda, se vuelve perspicaz, ahora ve todo de manera distinta y posee una fina sensibilidad.

El descanso sobre Mi pecho, la inserción en Mi Corazón, hacen que la conciencia pueda ver todo con Mi mirada, hasta el sentido profundo de cada mandamiento. Logran que pueda captar extraordinariamente los signos de los tiempos, los posibles modos de hacer, aquí ahora, el bien y de dar testimonio.

El huracán de las pasiones que los destrozan y los afanes de un Yo egoísta callan, cuando llegan a descansar en Mi pecho. La paz del alma es el arraigamiento de su verdadero Yo en Mi amor; entonces los inundan nueva fuerza y alegría; ven con ojos nuevos el sentido de cada uno de Mis mandatos y aún de las pruebas; las decisiones de su conciencia se tornan más convincentes.

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: A solas, frente al Señor, analizaré a qué hábito, conducta, actitud o gusto me pide que renuncie. Me comprometeré con Él a trabajar con Él en eso, y repetiré con frecuencia y fe la jaculatoria de San Agustín *“Dame, Señor, lo que me pides, y luego pídemelo lo que quieras”* (Sólo con Cristo podemos cargar la Cruz que Él nos da).

Con la virtud del mes: Haré una buena confesión, y pediré consejo al sacerdote, para superar mis pecados más habituales.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.*